

Dr. Gustavo Cevallos A.
Jefe de Trabajos Prácticos del Anfiteatro Anatómico de la U. C.

HISTORIA DE LA MEDICINA

ANDRES VESALIO "Mártir de la Anatomía"

Wesel es una ciudad recostada desde siglos sobre el suelo belga. Sus calles angostas y retorcidas trepan lentamente por una colina que domina el panorama, siempre verde de la población.

A principios del siglo XIV, gobierna estos territorios el hijo mayor de Felipe I y de Juana, Reyes de Castilla, nacido en Gante, y llamado Emperador Carlos I de España, Carlos V de Alemania, "el Señor de dos mundos", aquel en cuyo Imperio "jamás se ocultaba el sol".

Una notable familia de Wesel, que tenía la originalidad de llevar como su apellido el nombre latinizado de su ciudad, emigra hacia Bruselas en donde el año 1514 le nace un niño, que se llamará Andrés, y que está destinado a ser el padre y mártir de la Anatomía.

Bien pronto los padres de Andrés Vesalio comienzan a sentir angustia, al observar una creciente y exótica inclinación en su joven hijo: su pasatiempo favorito y su juego predilecto es la caza de ranas, ratones y hasta gatos y perros, con el objeto de luego abrir sus cuerpos inertes y conocer las intimidades de su intrincada morfología.

Su destino estaba trazado: con el correr de los años debía ser el médico que proclamara a los cuatro vientos la necesidad imperiosa de acercarse al cadáver

para conocer la maravillosa textura del cuerpo humano.

Avido por formarse médico, va a París en el año de 1533 para ingresar a la gran Facultad de Medicina y sufrir una de las grandes contrariedades de su vida, al ver como el cursillo de Anatomía apenas se reduce a cuatro o cinco clases en las cuales el docente, sentado en una plataforma alta, semejante a un trono, y rodeado de sus discípulos y de algún cadáver proveniente de un criminal muerto a manos del verdugo, leía en voz alta alguna de las antiguas obras de Galeno, mientras un barbero-cirujano provisto de un puntero, señalaba en el cadáver los detalles anatómicos.

Hombre de carácter valiente y decidido, sin lugar a dudas allí debió resolver y prometerse en lo íntimo de su ser, revolucionar el arcaico aprendizaje de la época y sorteando toda clase de dificultades acercarse al cadáver, fuente inexhausta de realidades científicas.

Pronto contagia sus entusiasmos a sus pocos compañeros de curso y organizan caravanas nocturnas a los cementerios parisinos, con el objeto de, en complicidad con las sombras, procurarse alguna pieza osea que va a saciar su sed de detalles morfológicos.

El joven Vesalio obtiene entonces, gracias a su celo por la Anatomía la distinción de ocupar el lugar del barbero-cirujano y allí lo tenemos, señal en mano, mostrando a sus compañeros, lo que el magister lee en alta voz.

Retrocedamos en el devenir del tiempo hasta 1520 en que Vesalio apenas contaba seis años de edad y veremos cómo el Emperador Carlos prendió la hoguera de la guerra entre Francia y España y de la cual Italia fue el teatro principal desde el año siguiente. Vencido Francisco I y sus franceses en muchos lugares, hizo alianza Carlos V con Enrique VIII y valiéndose de la fina diplomacia de su carácter, logró atraer a su partido al Príncipe francés Borbón, que anhelando casarse con Eleonora hermana del Emperador, peleó contra su patria.

Su habilidad le hizo amigo del papa Adriano VI de Florencia y de Venecia, que se unieron a su partido contra el Rey de Francia, el que miró a Marsella sitia-

da por los españoles mandados por el Borbón, que no pudiendo vencerla, volvió a Italia en 1534. En este año las tropas francesas comandadas por Bonivet fueron derrotadas en Biaguas y perdieron al famoso caballero Bayard, que según un autor, él solo valía por un ejército.

Al año siguiente se dió la famosa batalla de Pavia, en la que no solo fué derrotado completamente el ejército francés, sino que el mismo Rey Francisco I, fué hecho prisionero por los españoles, los cuales se le llevaron a Madrid, en donde tuvo por cárcel la torre de la casa de los Lujanes, en la plazuela de la villa, hasta que llegando de Toledo el emperador le visitó en su prisión y le hizo trasladar al Alcázar Real, en el cual se firmaron los tratados de paz.

La desgracia de Francisco I y el genio intrépido y conquistador de Carlos V hicieron separarse del partido de este a Roma, cuya silla ocupaba Clemente VII, a los Venecianos y Florentinos, y a que se le declarasen enemigos los Suizos y los Ingleses. El príncipe Borbón marchó contra Roma donde encontró la muerte y tomando el mando del ejército el Príncipe de Orange, entró en la legendaria Ciudad de los Césares, sembrando el terror por todas partes y logrando que se reconociese por el soberano más poderoso del siglo al invicto Carlos V. El papa que en un principio se refugió en el Castillo de Santo Angelo, fué hecho prisionero, y Carlos V en cuanto recibió la noticia, de este incidente, que halagó indudablemente su vanidad, en vez de mandar una orden para que se le pusiese en libertad al Pontífice, ordenó que se hiciesen rogativas en todos sus estados para obtener la libertad del prisionero; comedia que duró hasta que accediendo Clemente VII a las exigencias del Emperador obtuvo a este precio su libertad.

Un tratado concluído en Cambray, llamado el Tratado de las Damas, entre Margarita de Saboya, tía del Emperador, y Luisa de Saboya, madre de Francisco I, reconcilió a los dos Monarcas; también se ajustó pacíficamente con los demás enemigos.

No teniendo ya en Europa enemigos que vencer y no pudiendo su genio conquistador limitarse a los sen-

deros de la paz, pasó al Africa en 1535, con un ejército de más de cincuenta mil hombres, haciendo allí una campaña larga y molesta.

Como la paz de Cambray no era sino una tregua pasajera entre dos fieros caballeros, no tardó mucho en romperse el tratado, y de consiguiente empezaron de nuevo las hostilidades entre franceses y españoles. Entrando Carlos V en la Provenza con sus hombres, avanzó hasta Marsella, poniendo sitio a Arlés, haciendo asolar al propio tiempo la Picardía y la Champaña. Siéndole esta vez poco favorable la fortuna y después de haber perdido gran parte de su ejército, hizo con sus enemigos una tregua por diez años en Niza en 1538.

Esta larga, y por larga fatigosa cita histórica nos permitirá ubicar al estudiante Vesalio en un escenario convulsionado por frecuentes guerras, que impedían un normal desarrollo en el devenir de la cultura. Aún más el padre de Vesalio siempre anduvo enrolado, en calidad de apotecario, en la corte del emperador guerrero.

Apremiado por esta circunstancia, que impedían su estadía en París, Vesalio continúa sus estudios en Lovaina, donde a todas luces hay más tranquilidad para dedicarse a acumular conocimientos, lejos del retumbar de los cañones en guerra. Pasa allí durante el lapso de año y medio y luego va a Venecia donde traba amistad íntima, con un compatriota suyo, pintor y dibujante, discípulo aprovechado del Ticiano, llamado Juan de Calcar, nacido en Calcar, Ducado de Cléveris, y fallecido en 1547. Intercambiando ilusiones, ambos jóvenes se trasladan a Padua, en cuya Universidad, Vesalio va a terminar sus estudios y recibir el título Doctoral.

Apenas graduado, obtiene en esa misma Universidad la Cátedra de Cirujía y Anatomía, cuando apenas frisaba los 23 años de edad. Con ese hermoso impulso de su ímpetu juvenil se dedica a las árduas tareas de la enseñanza, de la más difícil rama de la Medicina. En colaboración con su amigo el dibujante De Calcar publica su primer libro de Anatomía, fruto de la iniciación de su labor docente.

Más una terrible duda comienza a atormentar y apoderarse del rebelde espíritu de Andrés Vesalio: en sus diarias disecciones, en su intenso traginar por sobre los planos anatómicos, su espíritu observador no coincidía exactamente con las clásicas enseñanzas que daba la obra antigua de Galeno.

¿Cómo es posible, se preguntaba a cada instante? que el genial Claudio Galenus, hijo de Nicón, quien permaneció tanto tiempo en Alejandría dedicado a los estudios anatómicos, se hubiera equivocado? . . . ¿Cómo aquél médico famoso de los emperadores romanos Marco Aurelio, Vero y Cómodo, pudiese persistir tanto tiempo en el error? . . . ¿Cómo "De anatomicis administrationibus; De usu partium, su obra maestra, que es como el mismo dice "un himno al autor del cuerpo humano" estaban asentadas sobre bases delesnables y falsas de una morfología teórica y alejada de la realidad? . . .

Se hizo carne en su espíritu, que él debía demostrar a la faz del mundo los errores anatómicos de Claudio Galenus.

Con este objetivo por meta, acometió la valerosa empresa de rectificar a Galeno, que durante muchos siglos había paseado por sobre las cabezas de todos los médicos sus errores de concepción morfológica.

Con la colaboración de su amigo De Calcar, tenía él que conseguir que por vez primera se describiera la verdadera y única Anatomía Humana.

Un año y medio duró su actividad febril; trabajo con cariño y amor, sobre la fría realidad de los despojos humanos que tanto nos enseñan en sus expresiones inertes.

Al fin en Basilea, el gran centro industrial de los impresores dió a luz su obra "De Corporis humani fábrica" en 1543. Contaba su autor veinte y ocho años de edad. La gran rectificación de los errores de Galeno estaba cumplida.

Más aquí comienza el calvario del gran vidente anatómico: tamaña audacia tenía que ser castigada; Galeno jamás podía haberse equivocado. Los discípulos temerosos y confundidos tenían que abandonar a su

maestro; los colegas debían alejarse prestos, de quien había osado rebelarse contra el ídolo: ¡Ciertamente, causa asombro el ver cómo los hombres pugnan por negar hechos irrefutables!

Había caído Vesalio en desgracia. Abatido y pesoso retiróse de Padua, no sin antes ofrendar al fuego purificador todos sus escritos y memorias. Abandonó su Anatomía y a la vera del Emperador dedicóse a la erranza guerrera.

Esta vida no estaba de acuerdo con sus inclinaciones y pronto la nostalgia invadió su espíritu. Volvió luego a Venecia y en la hermosa ciudad de los puentes y las góndolas trató de rehacer su obra. Pero el destino, ciego e implacable rondaba con siniestras intenciones junto al maestro.

Los cadáveres esçaseaban en Venecia. Vesalio no tenía su grata compañía sino muy de tarde en tarde. Y esto le apesadumbraba.

Acusado Vesalio por sus émulos, de haber abierto el cuerpo de un gentil-hombre, que aún vivía, fué condenado por los tribunales de Venecia a hacer un viaje a Tierra Santa para expiar un crimen tan inverosímil.

No sabemos que tiempo su ensoñación paseó por las viejas calles de Jerusalem. Ni cuantas noches Palestinas fueron testigas mudas de su destierro forzado. Lo conocido es que una vez expiada su culpa embarcóse en una nave y emprendió el regreso en el año de 1564.

Pero la fatalidad estaba ya en acecho. La fragil nave en que hacía la travesía, al ser presa de una furibunda tempestad, arrojó hacia las playas el cargamento humano que portaba. Vesalio alcanzó las costas de la isla Zanta y allí murió acosado por el hambre.

Vesalio, el padre de la Anatomía, había culminado su obra gigantesca y perdurable.